

lo que ha de ejercitar la paciencia y la esperanza para superar estas tentaciones. Ello no implica en absoluto un menos compromiso público, sino todo lo contrario una mayor responsabilidad social.

El libro concluye con la bibliografía y el índice, y su edición y traducción son buenas. Es una obra de moral social que reviste, desde mi punto de vista, una gran actualidad para la moral social en las circunstancias históricas en las que nos encontramos. El autor ha sabido integrar en el discurso teológico, algunas aportaciones filosóficas y de las ciencias humanas, singularmente la sociología. Matthias Nebel es consciente de la dificultad del tema, y sin embargo ha tenido el coraje de afrontarlo sistemáticamente. Lógicamente se pueden discutir algunos de sus planteamientos, incluso no compartir la tesis de fondo de su obra, pero creo que sus páginas dan lugar a una buena exploración y reflexión teológica.

Juan de Dios Larrú

---

J. NORIEGA, *No solo de sexo... Hambre, libido y felicidad: las formas del deseo* (Monte Carmelo, Burgos 2012). 212 pp. ISBN: 978-84-8353-509-7

La colección Didaskalos de la editorial Monte Carmelo nos ofrece este original libro escrito por el profesor José Noriega. Su origen, como el autor declara en la introducción, se sitúa en los cursos de doctorado ofrecidos en la sección central del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre matrimonio y familia durante los últimos años.

El ensayo, dedicado al profesor Livio Melina, se desarrolla en dos partes fundamentales. La primera, bajo el título "La percepción y el deseo", trata de explicar la novedad que supone en nuestra vida la percepción del hambre y del *eros*, y lo que aporta la experiencia del amor en ellas. Ambas percepciones me revelan quién soy yo, un hombre entrelazado con el mundo gracias a un cuerpo que desea. La segunda parte, titulada "La vida buena y su drama", pretende establecer la relación del hambre y la sexualidad con la vida buena. Para ello es preciso comprender la tensión dramática en la que se mueve nuestra vida. El hilo conductor de los diferentes análisis que se realizan es la finalidad de los deseos y las acciones. El término clave, en tal sentido, es *telos* que indica una perfección, una plenitud, un cumplimiento definitivo.

El capítulo primero de la obra toma como punto de partida la percepción. Lo crudo y el desnudo nos atraen, lo cocido y el vestido nos fascinan. La percepción humana comporta el deseo; sería empobrecerla explicarla simplemente desde el esquema estímulo-respuesta. La insuficiencia de este esquema se pone en evidencia al constatar que no basta la espontaneidad para dar cuenta de la acción humana. No

somos meros espectadores de aquello que percibimos porque percibir es un modo de desear, de relacionarse con el ser y tender hacia él. La inclinación y la intencionalidad que implica constituyen una forma original de percepción; se trata de la percepción “práctica”. La percepción de la comida se activa por el sentido del olfato, (aunque no sólo), y la percepción erótica se activa normalmente para el hombre con la vista y para la mujer con el tacto.

El capítulo segundo se pregunta por la finalidad intrínseca del comer y copular. La actividad del comer va dirigida a la asimilación. El comer nos sitúa estrechando lazos con la creación, con la vida, con la misma intención del Creador. La novedad que encontramos en el dinamismo sexual con respecto al dinamismo alimenticio es que no se puede realizar plenamente si no es en comunión. Actuar sexualmente comporta el co-actuar de dos personas con ritmos diferentes. El encuentro sexual entre un hombre y una mujer es un encuentro cara a cara. La finalidad del deseo sexual humano es doble: busca una concordia recíproca, una unión en la que se entrega y acoge el cuerpo del otro; y esta entrega del cuerpo puede generar un nuevo ser porque comporta la entrega y acogida del líquido seminal. El deseo sexual precede y constituye la percepción. El bien inmanente del copular se encuentra en la plenitud humana que conlleva entregarse y acogerse recíprocamente en totalidad, generando una comunión de personas abierta a acoger una nueva vida.

El capítulo tercero muestra la novedad que introduce el afecto en la atracción de la comida y en la atracción sexual. El afecto no solamente nos hace connaturales con el fin, sino que también prepara nuestro cuerpo para alcanzarlo. El cuerpo cambia y se dispone a ser partícipe de la intencionalidad del afecto, de modo que es asumido en el dinamismo amoroso como verdadero sujeto. Si se usa instrumentalmente se negará su sentido. El dinamismo afectivo de la comida es diferente al dinamismo afectivo del sexo, pues el eje intencional del primero es sujeto-objeto y el del segundo sujeto-sujeto. La cogitativa estructura el deseo y requiere de la imaginación para individuar las prácticas en las que vivir humanamente sus deseos. El deseo, preparado por la fantasía, nos permite anticipar la acción, gustarla inicialmente. Teniendo en cuenta un modelo de acción presentado por las narraciones y costumbres de su sociedad, cada hombre puede aprender la conveniencia de su vida con la amplitud de su deseo. Gracias a esta facultad de colegir y relacionar, la tendencia sexual se abre a la plenitud humana. La memoria guardará como un tesoro la secuencia intencional que se ha establecido en la atracción de los bienes. Percibir el bien particular que nos atrae es percibir el fin que deseamos; esta relación es la que establece la cogitativa. En el comer, lo que determina el bien de la comida es el propio sujeto que come, mientras que en la sexualidad, lo que determina el bien de la acción sexual es la plenitud del “nosotros” al que se dirige.

El capítulo cuarto afronta el enigma del placer y su relación con la felicidad. La búsqueda de placer, ¿surge de un vacío a colmar o del deseo de compartir una plenitud? La originalidad del placer humano se sitúa en que es una reacción afectiva que acontece en el hombre cuando alcanza un bien. De este modo, el placer no es consecuencia de la acción sino su perfección última, por lo que la cualidad del pla-

cer dependerá de la cualidad de la acción. Todos tendemos al placer, pero no todos de la misma forma. El placer que se experimenta al comer y al copular es siempre simbólico, apunta a la plenitud del acto del que es fruto, a su bondad intrínseca. El placer es fruto de la acción pero a la vez influye en ella porque la intensifica.

El capítulo quinto concluye la primera parte de la obra abordando la cuestión del límite del deseo, y la síntesis dinámica de naturaleza y cultura que se verifica en la acción humana. Nuestro deseo de comer y copular tiene su límite que ha de ser educado, y por ello comporta una cultura que refleja una racionalidad intrínseca que proviene de la naturaleza. El canibalismo y el incesto son dos prácticas rechazadas en la práctica totalidad de las sociedades. No podemos deseárselo todo; y esto no solamente porque la cultura se imponga al deseo sino porque nuestra propia experiencia así nos lo indica. En las experiencias del pudor y la culpa encontramos este entrecruzarse de naturaleza y cultura donde se manifiesta la fuerza de la intimidad que busca su genuina identidad.

La segunda parte se abre con un capítulo dedicado a la tragedia del deseo. La gula, como el furor por el gusto, y la lujuria, como el exceso del tacto, muestran la posible tragedia del drama del deseo. La dificultad del deseo no es solo que se concentre en el instante, sino que puede desenfocar la alteridad. En la anorexia nerviosa, el hambre puede experimentar una inversión en esta dirección. El apetito deja de vincular a la realidad del alimento que comienza a verse como enemigo porque altera la propia imagen. No se trata de un simple problema alimenticio sino del rechazo del propio cuerpo. En la cuestión homosexual se plantea la pregunta de si es posible desear el idéntico sexualmente en orden a la felicidad. La respuesta que se ofrece hoy en muchos ámbitos es que sí, que la inclinación homosexual puede favorecer un encuentro íntimo en el que dos personas se relacionen y vivan una amistad. Podemos preguntarnos cómo ha configurado su deseo la persona con inclinación homosexual. La razón deja fuera el significado original de la diferencia sexual y la dimensión procreativa que comporta para concentrarse en un "nosotros" de dos idénticos. Se trata de una amistad fundada en la satisfacción que uno encuentra en ella. Esta búsqueda de satisfacción sensual y afectiva tiende al drama del narcisismo, mirarse a sí en el otro. Se busca la propia identidad en el reconocimiento a través de la acción sexual. De este modo no se alcanza un "nosotros" real, sino la ficción de una verdadera intimidad. La degeneración de la potencia del deseo del comer se encuentra en el *fast food* como renuncia al esmero, y del deseo de copular en la donación de gametos como insignificancia de la fecundidad.

El capítulo séptimo muestra la grandeza de comer y de copular que revelan el banquete y el matrimonio. Si la comida es la sustancia del banquete, la convivialidad es su fin, pues en ella se verifica una sinfonía de comida y de palabra, de viandas y conversación. El banquete nos habla de la comunicabilidad del bien, de la búsqueda común de una convivialidad en la que colmar nuestra vida. El deseo secreto, la delicia del banquete, consiste en gozar de la amistad como su perfección última. Su grandeza se encuentra en la relación interpersonal que favorece la vida buena. En el matrimonio la entrega sexual hará grande la vida si la intimidad que se genera es

verdaderamente comunional. El acto conyugal es expresión de que los esposos eligen entregarse recíprocamente en el cuerpo. Esta mutua entrega en la sexualidad es concebida por la razón desde la *affectio coniugalis* y dirigida a la íntima comunión de los esposos. La elección de entregarse para vivir la comunión y la intención de vivir la comunión en la entrega recíproca constituyen la unidad intencional del acto conyugal. El acto conyugal consume el amor porque lo lleva a plenitud. Consumar el amor nunca es reducible a consumir sexo.

El capítulo octavo estudia la belleza del deseo. La belleza hace referencia a la contemplación de lo bello en la naturaleza, en la creación artística, y sobre todo en la persona. En este sentido, la virtud de la templanza es mucho más que moderación, expresa un amor inteligente. No se trata de una virtud que encierre al hombre en sí mismo sino que lo abre a algo más grande. La sobriedad y la castidad son sus dos concreciones fundamentales. La persona sobria en el comer establece un orden humano en el hambre de modo que la voracidad no impida la armonía que esta llamada a generarse en la acción del comer. La belleza del deseo no es, pues, el mero dominio y control de la voluntad, ni el orden que desde fuera puede establecer la inteligencia, sino la armonía que la prudencia genera a la luz del amor recibido.

El capítulo noveno culmina la segunda parte de la obra con una reflexión sobre el deseo y la divinización. La Eucaristía toca nuestro afecto por la herida del hambre de lo divino. El hambre del hombre es en ella saciada, y no solo espiritualmente, porque es preciso masticarla como afirma Cristo. En la participación eucarística reconocemos el *eros* de Dios, su pasión de amor por cada uno de nosotros. En el sacramento del matrimonio, los esposos son hechos partícipes del amor esponsal de Cristo. El *eros* humano recibe, de este modo, la *caritas* divina transformándose progresivamente en caridad conyugal. La virginidad expresa la novedad del amor que genera un nuevo modo de vivir la sexualidad. Para que el hambre y la libido entren en el movimiento de la divinización es preciso un don nuevo. La carne salva porque en ella se recibe el don del Espíritu que hace posible la deificación mediante la carne.

La conclusión del ensayo muestra cómo no solo de pan ni de sexo vive el hombre, sino del amor de Dios que recibe. De este modo participan de algo más grande, del designio de Dios que invita al hombre a entrar en comunión con él y con los demás. Desde la hipótesis inicial que podríamos resumir en “perseguir la presa”-“buscar mujer”, el autor ha ido ascendiendo paso a paso para mostrar la liturgia cósmica en la que todo refiere a Dios gracias al Espíritu.

El libro está escrito con concisión y precisión. Se nota el influjo de la obra de L. Kass sobre el alma hambrienta y la línea de investigación sobre la teoría de la acción que lleva a cabo desde hace años el Área de investigación en Moral Fundamental del Instituto Juan Pablo II en Roma. De especial significado me parece el análisis del autor sobre la imaginación y la cogitativa en la acción humana. Quizás se podría haber integrado más con la memoria para comprender más en profundidad la naturaleza de la temporalidad en la acción. La fenomenología comparativa entre el comer y el copular es, en ciertos momentos, altamente rica y sugerente. El libro es didáctico, sobre todo por el uso de múltiples imágenes literarias y de películas contempo-

ráneas. En conjunto, la obra constituye una aportación para conocer las formas del deseo y acercarse de un modo nuevo a las cuestiones de la moral sexual.

Juan de Dios Larrú

---

EVDOKIMOV, P., *Orthodoxy*, Prefacio de Olivier Clement (New City Press, Nueva York 2011). 375 pp. ISBN: 978-1-56548-369-9

Paul Evdokimov (1901-1970) es uno de los pensadores de la ortodoxia cristiana rusa más notables del siglo pasado. Nacido en San Petersburgo, tuvo que emigrar a Francia a raíz de la revolución bolchevique. Estudió con el gran maestro Sergei Bulgakov en uno de los baluartes de la ortodoxia rusa, Saint Serge en París, y escribió una tesis doctoral sobre la teología en la obra de Fiódor Dostoyevski. Durante la segunda guerra mundial trabajó para la resistencia francesa. Fue uno de los observadores invitados a la tercera sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II. Su libro, "Las edades de la vida espiritual", se suele considerar la obra maestra de Evdokimov, y su ensayo sobre la teología de la belleza, "El arte del icono" no es menos magistral. Su filosofía centrada en el valor de la persona humana le llevó a escribir con perspicacia sobre la locura de la *kénosis* del Verbo, o sobre el *fiat* de María de Nazaret, así como del misterio encerrado en la mujer. Evdokimov estaba casado y la pareja tuvo dos hijos. Otro de sus libros, "El sacramento del amor", muestra el interés natural de un pensador cristiano casado por una teología del matrimonio; la íntima conexión que hace del amor humano con la espiritualidad y experiencia monástica se entiende a la luz de la vida contemplativa que la ortodoxia oriental espera de todos los cristianos, casados o célibes, en el mundo o en el monasterio.

Su gran obra "Ortodoxia" data de 1965 (edición francesa) y aparece ahora reeditada en inglés en una adaptación de la edición de 1979. El tomo es una magnífica *summa* de la teología ortodoxa, y al mismo tiempo, un libro que cualquier cristiano puede leer con provecho. Al escribir como ruso ortodoxo Evdokimov no olvida ni el mundo moderno ni la tradición cristiana occidental de modo que las diferencias entre una y otra lectura de la fe son evidentes. En algunos lugares no escatima una oportuna comparación crítica, pero lo hace con equilibrio. Explorar una manera distinta, aunque sólo sea en énfasis y actitud, de pensar y vivir la misma fe del único evangelio cristiano es acaso, en el mundo de hoy, una necesidad afirmada por el gran Concilio. El decreto sobre el ecumenismo, *Unitatis redintegratio*, hablaba de un conocimiento recíproco entre todos los cristianos, el deber ecuménico de "preocuparse de los hermanos separados, orando por ellos, tratando con ellos de las cosas de la Iglesia y adelantándose a su encuentro" (n. 4). Los padres del Concilio alabaron la tradi-